



LA MINORIA SELECTA

Sin saber bien por qué durante largo tiempo se ha dejado de hablar de la minoría selecta. En los años cincuenta la teoría de Ortega y Gasset hacía furor en los medios universitarios y los lechuguinos del pensamiento leían la *Revolución de las masas* como quien reza con el misal. El sentirse selecto era entonces una cosa muy bonita: la gente iba por la calle desarrapada y comiendo boniato, inventando el yudo en las rebajas de retales y rebecas, mientras el selecto llevaba corbata y asistía a conferencias donde acudía una parroquia de señoras de esas que cubren la espalda con garras de astracán, rizan el meñique cuando cogen la taza de té y rodean su pechuga de gallina con tres vueltas de perlas majóricas. Aquello era cultura de verdad. El pueblo llano luchaba a brazo partido por el garbanzo y un grupo de elegidos comentaba la decadencia de Occidente tomando chocolate con anís en un salón de marquesa con mucho cortinón de terciopelo y cacharros de plata con punzón de pantera coronada.

Pero vino el seiscientos. Y el Guadarrama que hasta entonces era coto privado de los residuos de la Institución Libre de Enseñanza donde iban los selectos vegetarianos y cazadores de mariposas a leer a Ortega, se pobló de domingueros con gorrita, de raciones de tortilla de patatas, de transistores gritando la quiniela ganadora bajo los pinos y la dichosa minoría selecta se acabó. Antes la Universidad era para los señoritos aunque en cada curso siempre había el hijo de un bracero o de un fresador como representación de las fuerzas sociales. Pero con la llegada del consumo la Universidad también se masificó como si se tratara de un cine de barrio. Todo el mundo pretendía tener la cartulina de un título colgada en la salita de estar y después colaborar en la salvación de la Patria. Y claro está, ha habido que cortar.

Ahora renace de nuevo la minoría selecta. Otra vez se está poniendo de moda leer y citar a Ortega y la Universidad española torna por sus fueros: constituir un gran cobijo para los hijos del señorío, como una gran fábrica de abogados, como un centro de formación selecta para vástagos de buena familia que en realidad son los listos. Mientras los hijos de los obreros ya tienen lo de siempre: mucho trabajo por delante y la especialización de Alemania. Sin embargo creo que la Universidad española por mucha selectividad que haya siempre tendrá un pupitre libre para ser ocupado por el descendiente de un jornalero. Como muestra.

VICENT

